

Prólogo

Este libro surgió como resultado de muchos años de reflexión como lingüista, de haber estudiado la sintaxis de lenguas como el inglés y el español, de impartir clases en varias ramas dentro de la disciplina, así como de mi compromiso con la transferencia e intercambio del conocimiento científico más allá del mundo académico, que ahora tanto se fomenta, por fortuna, en el ámbito universitario. Una ciencia como la lingüística, con un nivel de abstracción altísimo, suele distanciar un poco a sus practicantes del mundo real. Y esto es así pese a que un lingüista utiliza como su base de datos el fruto (o los frutos) de uno de los rasgos más característicos y mundanos de nuestra especie: el lenguaje humano, esa capacidad o instinto que todos poseemos por el mero hecho de ser personas y que nos distingue de otras especies del mundo animal. No en vano, hay quien etiqueta a la especie humana de forma muy acertada como *Homo loquens* (sí, *loquens* es una palabra latina relacionada históricamente con palabras actuales que tienen que ver con hablar, como *locuaz*, *locutor*, *elocuente*, *locución*, etc.). Y, siendo malotes, ¿a cuánta gente hemos conocido a la que le pega más lo de *loquens* que lo de *sapiens*?

Cuando uno se dedica a la lingüística, la primera pregunta que siempre le hacen es: «¿Cuántas lenguas hablas?». Primer error. Un lingüista no debe confundirse nunca con un políglota –aunque haberlos, haylos–. Un lingüista es un científico del lenguaje, una persona que estudia el lenguaje humano desde alguna de las perspectivas que nos ofrece la lingüística en la actualidad (desde los estudiosos de la gramática, entre los que me incluyo, hasta aquellos con intereses en la aplicación del estudio del lenguaje a cuestiones como la lingüística forense o la enseñanza de idiomas extranjeros). Estoy de acuerdo en que la de lingüista no es la profesión más frecuente del mundo: hay quien incluso me dice cosas como «¿Para qué sirve ser lingüista?», lo que me demuestra que hablar de lingüistas no es lo más común.

Y, aunque parezca mentira, un lingüista no es necesariamente un sargento de la gramática (lo que denominamos un normativista, prescriptivista o purista de la lengua a ultranza). Somos analistas y estudiosos de la lengua, no defensores de su «pureza» o corrección. Es decir, estudiamos cómo es la lengua, no cómo debería ser. Es más, muchos lingüistas estamos más interesados en el lenguaje como facultad de la mente humana que en las lenguas o idiomas concretos, que para nosotros no son más que meras manifestaciones particulares de esa capacidad lingüística mental del ser humano.

Cierto es que tendemos a conocer bien los entresijos de la(s) lengua(s) que hablamos, y de hecho a veces hasta utilizamos la gramática con ultracorrección, dependiendo del contexto, claro está (y algunos capítulos de este libro así lo demuestran). Pero también es justo decir que conocer la lengua es una tarea hartamente difícil. La gramática es muy abstracta, de manera que es muy complicado llegar a saber lo que se cuece entre bambalinas (si no, que nos lo digan a los que nos dedicamos a ello). Incluso el vocabulario supone un gran reto hasta para los nativos, sobre todo en lo tocante a la corrección a la que me refiero en el párrafo anterior. Para ilustrar lo que afirmo, pensemos en qué palabra usamos para indicar el nivel de apetencia sexual. ¿Cómo rellenaríamos estos dos huecos correctamente? *Tengo* — _____ *por las nubes*. Las opciones aparecen a continuación:

- a. la líbido
- b. el líbido
- c. la libido
- d. el libido

A lo largo de mi vida, he escuchado casi todas estas opciones; eso sí, la única canónica y aceptada, pese a su infrecuente uso, es la (c): *tengo la libido por las nubes*. ¿Algún sorprendido? (Aviso para navegantes o, mejor dicho, leyentes: usaré el masculino genérico o masculino inclusivo en este libro). Volvamos, pues, a lo que nos atañe. Que levante la mano quien no haya dicho *la líbido* alguna vez... Claro que sí, vete al diccionario sin miedo. O mejor, ya te cito yo a la RAE directamente (más concretamente, el *Diccionario panhispánico de dudas*): «Deseo sexual»: “A mí el vino me sube la libido” (Bayly *Días* [Perú 1996]). Es voz llana: [libído]. No es correcta la forma esdrújula líbido». Quizás parte de la confusión, tan extendida, venga de que existe el adjetivo *lívido*, como en la oración *Me quedé lívido cuando me enteré de todo*. (Nótese que ya ni me meto en el tema de la «b» y la «v» cuando esta palabra se pone por escrito).

Lo mismo se podría aplicar a la expresión cotidiana *no hay tutía* (sí, se escribe junto), que ya hasta se acepta como *no hay tu tía*, pese a que procede de la palabra *atutía*, un ungüento para los ojos (de ahí que signifique algo así como «no hay remedio») y, por tanto, poco tiene que ver con la hermana de los progenitores. Si pensamos en inglés, con palabras como *discreet* y *discrete*, que se pronuncian exactamente igual, algo similar ocurre: la primera es para la discreción y la segunda para

los números discretos; pero si preguntamos a los nativos, empiezan a surgir dudas sobre cuál es cuál. Dado el abismo que existe entre la pronunciación y la ortografía en la lengua de Shakespeare, podríamos dedicar cientos de páginas a ejemplos como el de arriba.

De vuelta a la lengua de Cervantes, he aquí otro ejemplo de nuestro inocente desconocimiento de la lengua, dedicado con mucho cariño a mis amigos supermodernos y superateos que van de progres (entre los que, en muchas facetas de la vida, me incluyo, claro): me suelen decir que diga *ojalá* en lugar de *¡Dios te oiga!* o *¡Dios lo quiera!*, por aquello de evitar hacer menciones explícitas a la Providencia, pero no saben que la palabra *ojalá* viene de la época en la que nos llamábamos Al-Ándalus en vez de España: la interjección *ojalá* procede de la forma del árabe hispánico *law šá lláh*, que significa literalmente «¡si Dios quiere!». Ay, ay, ay...

Estos ejemplos, como muchos otros, algunos de los cuales aparecen a lo largo de *Lingüística para la vida*, nos demuestran que es muy difícil aseverar que conocemos plenamente la lengua (incluso la nuestra), de manera que uno tiene que pensarse dos veces lo de ir por la vida de sargento ortográfico o, más en general, de la lengua. Como dice de manera muy atinada un meme que por algún sitio leí hace ya algún tiempo, «Si me vas a criticar, ya puedes ser jodidamente perfecto».

Insisto, pues, en que un lingüista no evalúa, sino que meramente observa y describe. Resumiré toda esta cuestión citando el texto de una camiseta muy chula para lingüistas o científicos del lenguaje, cuya foto me mandó una vez la lingüista gallega (pero afincada en el País Vasco) María del Pilar García Mayo: «No juzgo tu gramática; simplemente la analizo».

Otra pregunta que se le suele plantear al lingüista –todavía más ofensiva que la anterior– es para qué sirve la disciplina. En la carrera tenía un profesor que ante tal interrogante siempre daba una respuesta contundente: pues para que yo me gane mi sueldo de funcionario. Esa respuesta me parecía aún más insultante que la pregunta, así que cuando decidí dedicar mi vida a estudiar el lenguaje humano –a las ciencias del lenguaje–, me prometí a mí mismo que encontraría la manera de ver la utilidad del campo, y por supuesto de hacérsela ver a los demás. Uno de mis cometidos desde el principio ha sido pues ver para qué era útil una disciplina tan bonita y fascinante como esta, por muy abstracta y torremarfiliana que fuera.

Durante mis estudios, hubo ciertos momentos en los que se me encendía la bombilla: «esto puede servir para redactar mejor»; «esto vale para evitar ciertas ambigüedades y malentendidos cuando se escribe por mensaje (o, ahora, por WhatsApp)»; «gracias a pensar así predije eso como posibilidad y resulta que fue justo lo que nos pasó en ese viaje al cancelarse aquel vuelo», y así multitud de momentos en los que me daba cuenta de que algún día le demostraría a ese profesor que lo que hacemos sirve para algo más que para ganarnos el jornal. ¡Y vaya que sí sirve!, ¡y mucho! Además, un día leí en la página web del famoso lingüista español Juan Uriagereka, catedrático de la Universidad de Ma-

ryland, en EEUU, que era responsabilidad de todo intelectual ofrecer su experiencia y conocimiento a la sociedad, en aras de mejorarla. Esto terminó de confirmar mis sospechas: la lingüística puede hacernos la vida más fácil y mejor, y como lingüistas tenemos la obligación moral de realizar esta tarea divulgativa y de transferencia. Y esta es precisamente la base o premisa de la que parte este libro.

El libro está organizado en capítulos independientes que, aunque en ocasiones hacen referencia a otros capítulos, no requieren de la lectura de los precedentes para su comprensión; vamos, en ese sentido es un poco como una de esas telenovelas que si te las empiezas a ver en el capítulo 88.888 de la temporada 19, aún te puedes enterar de qué van. Los capítulos son más bien breves. Las razones para su brevedad no me quedan del todo claras, pero creo que van en esta dirección: por un lado, soy consciente de que lo bueno, si breve, dos veces bueno. Además, mi experiencia me dice que si le mandas leer algo a alguien (p. e., a nuestro estudiantado) de muchas páginas, la primera reacción es de pereza total. Al fin y al cabo, se habla mucho últimamente de la poca atención que prestamos hoy en día a las cosas, atiborrados de tantos estímulos, especialmente los que recibimos constantemente en formato digital (la *TikTok generation*, para sonar un poco más *cool*). La última razón, quizás inconsciente al principio, es que este libro despierte la curiosidad del lector a través de pequeñas píldoras lingüísticas, para que luego ahonde de forma independiente, si así lo desea, en cada una de las numerosas cuestiones que aquí se plantean.

En definitiva, este texto se ha hecho sin tener en cuenta la báscula, lo cual espero que el lector agradezca. Los títulos son todo lo originales y simbólicos que mi creatividad lingüística me permite, aunque no por ello he querido restarles capacidad informativa, algo que en mi profesión de investigador, divulgador y profesor es fundamental a la hora de diseminar los resultados de la investigación científica y, por supuesto, de impartir docencia. El lector puede ser virtualmente cualquier persona con un poco de interés en el lenguaje humano. Mi objetivo primordial es que, al leer este libro, la persona lega en la materia se dé cuenta de lo fascinante y útil que es la disciplina –al tiempo que pueda coger una minibase de diversos aspectos lingüísticos–. También espero que el lector especializado y experto en lingüística que decida abrir este libro no se aburra y no lo encuentre excesivamente superficial. Si esta monografía deja al lector pensando en ejemplos, ideas, interrogantes, anécdotas y experiencias personales, me daré por más que satisfecho. He utilizado algunos de estos capítulos en formato manuscrito en varios cursos introductorios a nivel universitario y puedo decir que fueron bien recibidos por el estudiantado. El tiempo dirá si estos objetivos se han cumplido.

Cada capítulo incluye anécdotas, ejemplos de la vida real, de series y de la música, referencias a libros y artículos relevantes y, sobre todo, mucho amor por la lingüística, por la(s) lengua(s) y por la facultad humana del lenguaje en general. Mantienen el orden en el que fueron saliendo del «horno mental», y se pueden resumir así:

El libro empieza con un capítulo –¿CIENCIA?– dedicado a justificar el carácter científico de la lingüística, algo que por desgracia es inevitable y necesario, dado el desconocimiento general que existe en el mundo sobre (qué es) esta. Eso sí, lo hace con humor y con varios ejemplos y aplicaciones, de forma directa y realista. El título del capítulo 2 –LA COMA: PEQUEÑA PERO MATONA– deja clara la importancia de ese bichito aparentemente insignificante (,) que tiene la capacidad de cambiarlo todo y que, por tanto, no deberíamos subestimar. Mi vocación como gramático de la sintaxis se ve reflejada en el capítulo 3 –LA AMBIGÜEDAD ESTRUCTURAL: ÁNGEL O DEMONIO–, en el que exploramos oraciones con más de un significado, como *La policía busca a un perro en bicicleta* (pero ¿cómo es que el can sabe montar en bici?); ser conscientes de la existencia de tales estructuras nos puede ayudar a expresarnos mejor en el día a día, sin llevar a engaño (o llevando a engaño, según convenga). En el capítulo 4 –¿JUNTO O SEPARAO? ¿CON O SIN TILDE?– investigamos una serie de recursos –o trucos– de la ciencia del lenguaje que nos ayudan a saber cómo se deben escribir ciertas cosas tradicionalmente problemáticas para los hablantes de español.

El capítulo 5 –COMBINACIONES DE PALABRAS: JUNTAS PERO NO REVUELTAS– muestra la importancia de buscar la pareja ideal para nuestros vocablos, con el fin de expresarnos con precisión y de forma rica, así como para aprender vocabulario a pasos agigantados sin saber siquiera que lo estamos haciendo (sea cual sea la lengua). El capítulo 6 –DIME CÓMO HABLAS Y TE DIRÉ HASTA TU CÓDIGO POSTAL– nos lleva al campo de la lingüística forense y nos advierte de que tenemos que ser cautos con lo que decimos o escribimos, porque hasta el más mínimo detalle, por insignificante que parezca a primera vista u oída, nos puede delatar en menos de lo que canta un gallo. En el capítulo 7 –ESTRUCTURAS LINGÜÍSTICAS SIN FIN: AL INFINITO Y MÁS ALLÁ–, vuelve mi yo gramático para hablar de la maravillosa habilidad que tenemos de crear estructuras infinitas y que nos proporciona la capacidad que todos poseemos para el lenguaje humano, como muestra la siguiente oración: *me intriga el capítulo que Julio escribió que Cayetana leyó que contenía ejemplos de libros de colecciones de estanterías de bibliotecas de universidades de ciudades de provincias de comunidades de países de mancomunidades de todo el mundo*.

Con un toque triste pero un final positivo, el capítulo 8 –LA ESQUELA DEL PUNTO Y COMA: EN POS DE SU RESUCITACIÓN– rinde un homenaje a ese signo de puntuación dejado de la mano de Dios y moribundo que es el punto y coma (;). El punto y coma marca una cierta distinción en la escritura y contribuye a nuestra organización y claridad, por lo que algunos todavía velamos con entusiasmo por mantenerlo con vida. En el capítulo 9 –RESPETEMOS EL INCALCULABLE TESORO DEL HABLA NATURAL Y DE LA DIVERSIDAD LINGÜÍSTICA–, entro a defender a capa y espada la importancia de respetar la forma natural en la que las personas tendemos a hablar y las idiosincrasias de cada lugar y de cada sociedad. Es esa riqueza lingüística lo que nos hace tan diversos. ¡Sumemos y no restemos! En el capítulo 10 –TALLER CREALABRAS–, como su propio nombre

indica, abordo la cuestión de la constante creación de palabras en las lenguas del mundo, y cómo los humanos poseemos un taller léxico mental con una extraordinaria capacidad de fabricar palabras nuevas según las necesitamos. El capítulo 11 –LOS ABSORBE-IDIOMAS– repasa la fascinante aventura y la milagrosa hazaña de los niños al adquirir su lengua o lenguas maternas. ¿Cómo es posible que un niño que no sabe atarse los cordones o comer sin ponerlo todo perdido pueda entender y producir oraciones más bien complejas que jamás le ha escuchado decir a nadie?

Los TOC (sí, de trastorno obsesivo-compulsivo) de los que con tanta frivolidad se habla hoy en día tienen mucho que ver con el orden. Ese es precisamente el tema del capítulo 12 –INTRODUCCIÓN, NUDO Y DESENLACE: ODA AL ORDEN–, donde se pone de relieve la importancia del orden en general y cómo la lingüística puede ser una gran aliada en este sentido. En el capítulo 13 –LA BATIDORA DEL BILINGÜISMO. *SO WHAT?*–, hablamos de uno de los aspectos de la lingüística que más mitos ha generado: la convivencia de varias lenguas y la influencia mutua que ejercen los idiomas entre sí cuando coexisten en un mismo lugar durante mucho tiempo. Este capítulo espera callar muchas bocas y darle al aliado un arsenal de argumentos en favor del carácter natural y «normal» del bilingüismo y del multilingüismo en nuestro planeta. Además, el capítulo aboga por utilizar la mezcla lingüística de forma útil, productiva y creativa. *Yes, dear reader*. En el capítulo 14 –PENSAR LINGÜÍSTICAMENTE O CÓMO MEJORAR NUESTRA VIDA–, revisamos las numerosas competencias y destrezas que nos brinda pensar como un lingüista, así como su aplicación a situaciones de la vida real.

Como profesor de lingüística y de lenguas, no podía dejar de hacerles un guiño a mis compañeros y compañeras dedicados a enseñar (y aprender) lenguas. Con este fin, se dan truquillos, estrategias y algunas cuestiones de la lingüística teórica que espero que sean muy útiles y reciclables en el aula de idiomas. Esto lo hacemos en el capítulo 15 –LA LINGÜÍSTICA COMO INSTRUMENTO INDISPENSABLE DEL PROFESOR Y DEL APRENDIZ DE LENGUAS EXTRANJERAS–. Asimismo, en una era en la que el estrés y la ansiedad se han hecho dueños de nuestras vidas, no podía faltar un capítulo donde se viera lo que la lingüística puede hacer por ayudarnos a ser (o, al menos, a estar) un poco más felices. Se trata del capítulo 16 –PON UNA PIZCA (O DOS) DE LENGUAJE POSITIVO EN TU VIDA–. Y ya, por último, el capítulo 17 –LA LINGÜÍSTICA Y EL SEXO (QUE NO EL GÉNERO): A MODO DE CONCLUSIÓN– trata del papel de la lingüística en el sexo y sirve, a su vez, como colofón del libro.

Espero que el lector encuentre la utilidad de los capítulos; en particular, que desarrolle su interés por el lenguaje humano y por la(s) lengua(s) del mundo, y que pueda aplicar todo ese conocimiento al día a día, a la vida misma. Como apunta Pinker al principio de su *best seller* titulado *El instinto del lenguaje*, «jamás he conocido a nadie a quien no le interesara el lenguaje». O, en palabras de Costa en *El cerebro bilingüe* (y traduzco del inglés), «podríamos definir a los humanos como animales con cabezas parlantes. Quizás esta sea la razón, aunque

no lo parezca, por la que a todo el mundo le resulta interesante el lenguaje, sea de forma consciente o inconsciente». «*Language is our humanity*» («el lenguaje es nuestra humanidad / nuestra humanidad es el lenguaje»), como afirman Maher y Groves (1997: 4). Y Acuña-Fariña (2024) *dixit*: «[p]ocas cosas son más ‘mundanas’ que la lengua o lenguas que hablas todos los días a todas horas. Pocas son, ciertamente, más misteriosa y desconcertantemente complejas», como veremos. La lingüística, por tanto, forma y debe formar parte de nuestras vidas. Aquí comienza *Lingüística para la vida. The sky is the limit*.

(Eso sí, antes que nada, para curarme en salud, copio textualmente la frase de Antonio Fábregas al final de su novela *La estructura interna de un asesinato* [2022]: todas las erratas de este libro han sido colocadas estratégicamente).

En Avilés, Principado de Asturias, a 1 de julio de 2025.

Julio Villa-García